



Nieves Hidalgo

Reinar en tu corazón

LOS GRESHAM

Reinar en tu corazón

Nieves Hidalgo

Los Gresham 02

Sinopsis

Tras el asesinato de su padre, Tatiana Elisabeta Sminova se convierte en la heredera al trono de Orlovenia. Perseguida por los enemigos de su dinastía, huye hasta el puerto de Londres donde se verá obligada a robar para sobrevivir. Darel Gresham, barón de Winter, es víctima de un asalto. Jura que encontrará al ladrón, pero lo que no imagina es que la mujer a la que trata como a una ladrona es en realidad la heredera de un trono.

A quienes me han pedido la historia de Darel.

Fiel a vuestros deseos, os la entrego con toda ilusión.

*Si consigo que disfrutéis, lo sumaré al regalo
que me hacéis a diario con vuestro cariño*

A mis Hadas Protectoras. Os quiero

1

Palacio de Vernon, Orlovenia, 1819

Acarició los cabellos de la muchacha, ensimismado en la contemplación del jardín vestido de nieve a través de las amplias cristaleras. Hacía más de una semana que nevaba sin cesar y él sentía cómo el frío traspasaba sus cansados huesos. Dejó que un prolongado suspiro escapase de sus labios y ella volvió la cabeza para mirarlo.

—¿En qué piensa, padre?

Su fatigada vista se deleitó en los aristocráticos rasgos de la joven: ojos grandes del color del ámbar, cabello sedoso y rubio, con mechazas cobrizas que siempre lo inducían a compararlo con el fuego, labios gruesos, pómulos altos, nariz recta. Todo en ella le recordaba a su amada esposa, una imagen que hizo retornar a su memoria a otro tiempo en el que era aún un hombre vigoroso.

A pesar de la diferencia de edad —había desposado a Alexandra cuando ella contaba solamente dieciocho primaveras y él tenía cumplidos los cuarenta y uno—, su matri-

monio fue un oasis de paz, coronado por un amor auténtico y desinteresado. Dios les había concedido la gracia de un solo vástago: Tatiana Elisabeta.

Ahora, a punto de cumplir los veintidós años, la muchacha era su único apoyo. Menuda y delgada, aparentaba menos edad, pero era fuerte, valerosa y atrevida como lo fue la mujer que le dio la vida.

—Cuánto daría por tener a tu madre a mi lado en estos momentos, cariño —susurró con una pena infinita.

Tatiana apoyó la mejilla en las rodillas de su padre. También ella la echaba de menos. Sobre todo en esos momentos, tan próxima a casarse. Su madre la hubiera guiado como nadie; siempre lo hizo. Pero ya no estaba con ellos, los había dejado hacía más de ocho inviernos. ¿Qué hubiera opinado sobre su futuro esposo? Seguramente habría sido de su gusto, porque era un buen hombre.

Para Tatiana, casarse era una obligación ligada a su condición. No podía negarse a aquella boda, como tampoco podía dar marcha atrás en el tiempo; era su deber para con su país. Como heredera, carecía de la libertad de la que gozaban otras muchachas para elegir esposo, pero no se quejaba. Sabía de antemano la servidumbre que le suponía su lugar en la vida, el gravamen de ser hija de su padre, de tener que velar por el bienestar de sus súbditos cuando él faltase. No quería pensar en ello, la tristeza la embargaba al imaginarse sin su compañía, su apoyo y dirección.

Ahora estaba a menos de una semana de convertirse en una mujer casada. Necesitaba un consorte.

Se rebelaba ante el hecho que representaba tener que compartir por fuerza su vida con un varón que, inevita-

blemente, reduciría su libertad; una libertad de la que tanto había gozado merced a un padre benevolente. Pero así estaban las cosas, así era el mundo y ella no podía cambiarlo por más que quisiera.

Sergei Barlov. Un joven que le llevaba seis años. Rubio, de clarísimos ojos azules y sonrisa de niño travieso que enamoraba a cuantas muchachas lo miraban. Tatiana sentía afecto por Sergei, pero no estaba enamorada. Aunque daba por sentado que su matrimonio llegaría a buen término. Su futuro esposo era un hombre culto, cariñoso y sereno, muy capaz de cooperar con ella en la compleja labor de gobierno y de las intrigas palaciegas.

—En cuanto se celebre la boda —oyó que decía su padre—, quiero que partáis hacia Francia.

La muchacha se incorporó, clavando en él su mirada.

—No me iré hasta que mejore, padre.

La risa cascada de Iván Smirnov provocó ecos en el salón. Hundió los dedos entre los mechones del cabello de su hija, acariciándose.

—Siempre preocupada por mí. Aún me quedan fuerzas y quiero que tú tengas un viaje de novios que puedas recordar siempre.

—Está enfermo. Ni Sergei ni yo disfrutaríamos sabiéndole así. Ya habrá tiempo para viajes. Además... —se encogió graciosamente de hombros—, ningún lugar es tan bonito como Orlovenia.

—En eso te confundes, hija. Nuestro pequeño país es sólo un diminuto territorio. Próspero, es verdad, porque nunca hemos entrado en guerra con nuestros vecinos, pues

siempre hemos sabido sacar el mejor provecho de las alianzas. Pero pequeño. Más allá de nuestras fronteras, existe todo un mundo por descubrir. Y yo quiero que lo descubras completamente. Es mi deseo soberano que tu futuro esposo y tú emprendáis viaje tan pronto como finalicen los festejos.

Tatiana no se iba a dar tan pronto por vencida. Se levantó. El monarca la observó con detenimiento. Era de mediana estatura, muy bonita y bien formada.

—Ya no soy una niña, padre, le ruego que no me trate como tal. Sé lo que está sucediendo, los problemas en que estamos inmersos. No le va a servir una simple orden para alejarme del peligro. No esta vez.

Un músculo vibró en la mejilla del soberano y a su mirada asomó un matiz inusual, consecuencia de la repentina rebeldía de la muchacha, siempre dócil y presta a acatar sus decisiones. Bueno, eso no era del todo cierto, sonrió, porque si había una mujer que defendiese con vehemencia sus ideas, ésa era Tatiana Elisabeta.

—Ciertamente, cariño, te has convertido en una mujer que piensa por sí misma.

—Madre y usted me enseñaron a hacerlo y se lo agradezco.

—Ahora debes poner en práctica, más que nunca, los conocimientos adquiridos. No voy a negarte que en los últimos tiempos hay fuerzas que han querido socavar los logros que hemos conseguido. Los enemigos del reino acechan, cada vez están más cerca, y apenas podemos confiar ya en unos cuantos leales. Por eso quiero que te alejes de Orlovenia.

—Mi lugar está aquí.

—Regresarás cuando acabemos con los disturbios.

—No sería su hija si huyo como un conejo ante la primera dificultad.

Iván suspiró y buscó el mejor modo de hacérselo entender. Desde que tomó la decisión de alejarla de allí, no le cupo duda de que se toparía con la negativa de la muchacha. Pero él necesitaba saber que se encontraría lejos del peligro que veía venir, lejos de quienes maquinaban derrocarlo y alzarse con el poder.

Desde hacía meses, los tumultos en las calles se sucedían, la conjura que minaba su reino se extendía como el fuego en un bosque seco, las intrigas eran el pan de cada día. Si sus abnegados incondicionales conseguían frenar a sus enemigos, Tatiana y su esposo podrían regresar a Orlovenia y dirigir el país con buena mano, como lo había hecho él, como antes lo hizo su padre.

Estaba convencido de que la muchacha no lo defraudaría, siempre había demostrado un profundo interés por el pueblo, atendido a los necesitados y, lo más importante, era justa con todos.

En cuanto a Sergei, había demostrado con creces su inteligencia y amaba cada rincón del reino.

—Tatiana, tu presencia en Vernon es una arma que pones a disposición de nuestros adversarios. Fuera de nuestras fronteras, nada podrán contra ti. Yo me estoy muriendo, de nada sirve disfrazar la realidad, y tú tienes el deber de continuar nuestra estirpe y velar por nuestros súbditos.

—¡No diga eso! —gritó la muchacha, acercándose a él y abrazándolo con fuerza—. No se va a morir. ¡No puede, maldita sea!

—Modera tu lenguaje, jovencita, no puedes ir por ahí soltando maldiciones. ¿Qué diría tu aya si te oyese?

—Fedora ya está acostumbrada. —Esbozó una sonrisilla cómplice—. Ella más que nadie soporta mis salidas de tono.

—Lo sé. No hay pago para su dedicación, pobre mujer —bromeó él.

—Me regaña, claro, pero ya sabe cómo suelo ganármela. ¿Por qué una mujer no puede comportarse como los varones? ¿Acaso el idioma no es el mismo para ambos? ¿No utilizo yo la misma lengua que Vasili Fedorov?

—Tu primo es un joven bastante... vehemente.

—Que maldice cada dos por tres.

—No en mi presencia.

—Pero lo hace.

—Una dama debe cuidar sus expresiones.

—Una dama debe hacer esto, una dama debe hacer lo otro... A veces me hubiera gustado nacer varón.

—¿Y que el mundo se perdiera una belleza semejante?

La broma disipó el humor pesimista de Tatiana. Nunca podía estar mucho tiempo enfadada con su padre, que tenía el don de alegrarla con un simple comentario.

Le agradecía el piropo, pero ella era bastante más crítica con su aspecto. No se consideraba poco agraciada, porque no lo era. Pero según los cánones de belleza que le gustaban, era más bien del montón. No era alta, estaba demasiado delgada, sus ojos y su boca le parecían poco proporcionados, su cabello se empecinaba siempre en no quedarse sujeto con las horquillas... No era la belleza que decía su padre. Eso sí, se sabía inteligente y, para ella, esa dádiva con la que la había obsequiado la vida era mucho más importante. La belleza era algo pasajero.

Como si no hubiera oído el cumplido, dijo:

—A los criados les hacen gracia mis expresiones.

—Los criados te quieren demasiado, criatura, para ellos no cometes errores, te lo perdonan todo.

Tatiana acabó por echarse a reír y lo abrazó más fuerte. Él tensó un poco el cuerpo y ella lo notó.

—¿Le vuelve a molestar?

—Apenas, tesoro. Sólo ha sido un ligero pinchazo.

—Voy a buscar su medicina.

—Pide que me la traiga un sirviente. O, mejor, no la pidas. Total, de poco me sirve tanto potingue.

—Debe hacer caso a los doctores.

—Esos matasanos, a los que agradezco sus esfuerzos por mantenerme vivo, no tienen idea de lo que me pasa. — Buscó una mejor postura en el asiento, porque el pinchazo le traspasaba el pecho. Disimuló el dolor y hasta consiguió esbozar una sonrisa—. Bueno, y ahora sal de esta sala, criatura. Llevas toda la tarde encerrada con este pobre viejo.

—Estoy muy a gusto a su lado, padre, lo sabe.

—Y yo te amo por tus desvelos, pero aún tienes que atender los preparativos de tu enlace.

—Si apenas queda nada por...

—Yo también tengo mis obligaciones, Tatiana —argumentó con tono más severo—. Vamos, fuera de aquí. Y dile a Kirov que entre, por favor.

Ella lo besó en la frente e hizo lo que su padre le pedía. De todos modos, no pensaba irse muy lejos, pues no le gustaba nada el tono ceniciento que había adquirido su rostro. Caminó despacio al principio, pero acabó corriendo mientras atravesaba el salón.

Una película acuosa cubrió los ojos del soberano al verla desaparecer tras la pesada puerta. Carraspeó, enjugándose las lágrimas con la manga de la túnica y, llevándose la mano al lugar donde sentía una nueva punzada, se acomodó en el asiento.

Poco después entró un sujeto de baja estatura, delgado como una vara, en cuyo rostro picado de viruelas destacaban unos ojos grandes y vivaces. La carpeta que llevaba bajo el brazo hizo suspirar a Iván. Al llegar frente a él hizo una ligera reverencia.

—¿Cómo os encontráis hoy, majestad?

—El dolor es cada vez más agudo, amigo mío.

—Deberíais permitir que os examine de nuevo el médico, mi señor.

—Déjate de pamplinas, Kirov. Lo que me está matando no tiene solución, estoy harto de servir de conejillo de

Indias.

—Pero, majestad...

—Vamos a lo práctico. ¿Cómo va el asunto que te encargué?

El secretario bajó la mirada.

—No he conseguido averiguar nada, señor. Se esconden como ratas.

—Así que seguimos sin saber quién maneja los hilos traidores.

—Lo único que sabemos es que han promovido nuevas revueltas e incendiado algunos edificios, causando la muerte de, al menos, veinte personas. No es el pueblo quien los sigue, majestad, son mercenarios. Pero se acercan.

—¿Y la Guardia Real?

—El capitán Nóvikov sigue trabajando, han rastreado toda la ciudad y enviado agentes a varios puntos del país.

—¿Se han practicado detenciones?

—Sí, mi señor. El general Kovenko mandó fusilar anoche a cinco hombres y una mujer implicados, pero no consiguió que hablaran antes de la ejecución.

Iván Smirnov contuvo otro gesto de dolor, removiéndose en el sillón. Empezaba a resultar una agonía tener que disimular a cada instante. Sin embargo, no podía flaquear, no ahora que su país y su pueblo bordeaban el caos. No temía la muerte, había tenido una buena vida y no se quejaba. Casi la deseaba, para poder reunirse, por fin, con su

amada Alexandra. A pesar de todo, debía resistir. La condenada enfermedad había llegado en el peor momento, cuando más lo necesitaban sus súbditos, cuando infiltrados subversivos que actuaban en la clandestinidad no daban tregua.

—Kirov, temo por mi hija.

—En menos de una semana estará camino de Francia, majestad. Luego, cuando consigamos reinstaurar la calma en Orlovenia, volveréis a tenerla a vuestro lado.

—Ella no quiere marcharse. Hace un momento ha rechazado mi orden.

El secretario esbozó una media sonrisa negando con la cabeza.

—Su alteza siempre ha tenido ideas propias.

—En eso te tengo que dar la razón. Por eso voy a pedirte un favor muy especial. Quiero que la saques de palacio, aunque sea atada de pies y manos, tan pronto como termine la ceremonia. El corazón me dice que los traidores no van a esperar mucho más y que corre peligro, grave peligro. Cuando yo no esté en este mundo, mi hija será el blanco. Debes prepararlo todo.

—A vos os queda aún mucho tiempo para...

—Kirov —lo cortó el soberano—, ¿recuerdas nuestro primer encuentro?

El secretario parpadeó sin comprender. Sí, claro que lo recordaba. Había sido diez largos años atrás. Ese día cambió su vida por completo.

—Por supuesto, majestad.

—Entonces también recordarás que fuiste tan insolente como para decirme que me confundía.

Un leve sonrojo coloreó las mejillas del súbdito. Era cierto, había tenido la osadía de rectificar a su rey al oírle dar una orden que creía injusta. Iván Smirnov lo había hecho adelantarse y pedido que repitiera lo que acababa de decir. Kirov jamás había pasado tanto miedo; no habría sido extraño que acabara entre rejas. Con el corazón en un puño, había repetido su impertinencia. Sin embargo, el soberano quiso saber qué hubiera hecho él en su lugar. Y se lo dijo. El rey no sólo actuó como él propuso, sino que lo llevó a palacio y lo nombró secretario y consejero. Desde ese instante, toda su lealtad había sido para su monarca de por vida.

—Lo recuerdo, majestad.

—No trates, entonces, de mentirme ahora. Mi tiempo se acaba, tú y yo lo sabemos. Por tanto, te encargo la custodia de mi única hija.

—Os juro que haré todo lo que esté en mi mano. Sabéis que daría incluso mi vida por ella.

—Lo sé, amigo mío. Lo sé. Ahora sólo pido que la muerte aguarde un poco más para visitarme. Me gustaría verla casada.